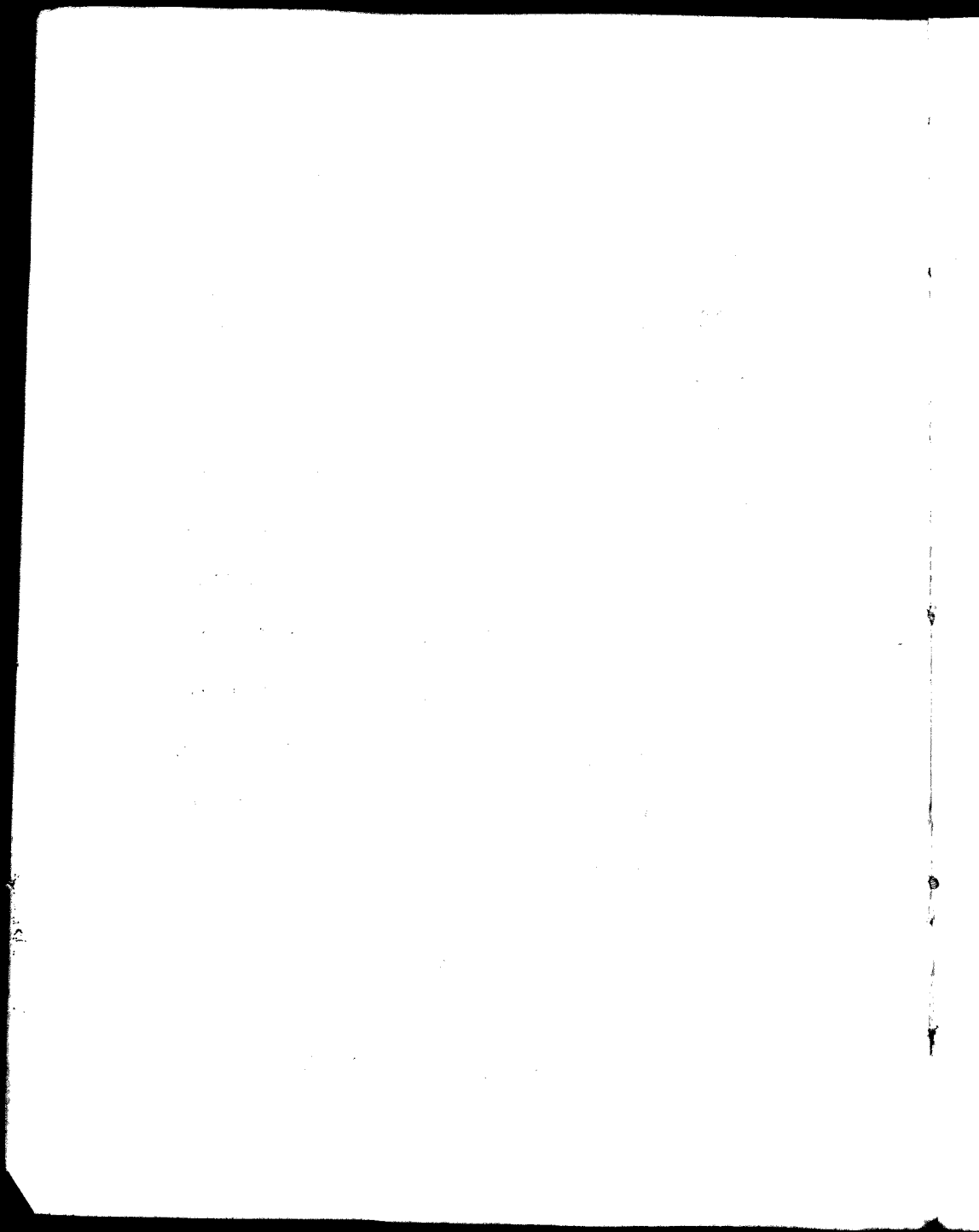


DISCURSO

que en el aniversario de la victoria conseguida sobre el ejército inglés, que sitió à la Coruña en 1589, pronunció D. Tomas L. de Guevara y Guzman, dignidad de Chantre que fué de la colegiata de Berlanga, y actual Cura párroco de S. Julian de Serantes, el dia 2 de julio de 1859 en la iglesia parroquial de S. Jorge de esta ciudad, impreso por acuerdo de su Ayuntamiento constitucional.



Coruña : Imprenta de Iguereta.



In saeculum memoria ejus in beneditione.

1 Mac. cap. 3. ver. 7.º

Ilustre Señor.

No! el nombre de MARIA PITA no será jamás olvidado! Pasará de lábio en lábio: llegará sin menoscabo á la posteridad mas remota: y despues de mil y mil generaciones, no habrá hijo alguno del Miño, no habrá español sensible que al recordar lo que hizo esta célebre heroína en el memorando mes de mayo de 1589, no rinda, agredecido á su memoria, tributo de amor y de respeto.

¡Que mes áquel, Coruñeses, tan feliz para la Pátria! Sobreponiéndoos en él á quien con osada mano arrebató el tridente de Neptuno, y llevó sus armas vencedoras, á las mas apartadas regiones, os ceñísteis los laureles con que principiára ufano á engalanarse: le pusísteis en vergonzosa fuga: y supliendo con vuestro pecho, el muro que su artillería os batiera, recordásteis á Europa érais los mismos que bajo la direccion de los Suevos, humillásteis valientes la cerviz de Roma: los que preferiendo la libertad á la vida, os dísteis serenos muerte, por no sucumbir á Augusto: y quienes uniendo al amor de la Pátria, el celo de la religion en el glorioso reinado de los Alfonsos, Ordoños y Ramiros, empañásteis mas de una vez el brillo de los alfanjes agarenos, tremolando el estandarte de la cruz, sobre las escarpadas almenas en que el orgulloso mahometano fijára con brazo prepotente, las hasta alli invencibles medias lunas.

¡Honor y gloria á tan decididos patriotas!

y pues el objeto del presente aniversario, á demas de dar gracias á Dios por aquellos triunfos, es perpetuar su memoria, y escitar en nuestro corazon el fuego del entusiasmo: de ese entusiasmo celestial y divino, de que no es posible prescindir cuando se trata de la Patria; y que semeja al aire que se rarifica, arrólla, vuela y pulveriza cuanto intenta ponerle resistencia: os presentaré como en un cuadro, el sitio puesto á esta capital por los ingleses en 1589: sus antecedentes: el empeño de los sitiadores: el valor de los sitiados: y la heroicidad con que MARIA FERNANDA DE LA CAMARA Y PITA decidió la victoria en el momento mismo del asalto, seguro de que inflamados, á su vista, del entusiasmo que distinguió á vuestros mayores en aquella época memorable, os decidireis mas y mas por la causa de la libertad y del trono de ISABEL II, deseando ocasiones en que poder desplegar vuestro ardimiento en favor de ella: y marchar en pos de MARIA PITA al templo de la inmortalidad.

Tal será, Señores, el argumento del presente discurso: dignaos serme indulgentes: y de implorar conmigo los ausilios de la gracia. *Ave Maria.*

Si el amor de la Patria no velára sobre los pueblos, en vano trabajarían los que los presiden.....

Decia, Ilustre Señor, que aunque los reyes y príncipes soberanos se anuncian como enviados de Dios, para dirigir los pueblos, y escisir de ellos tributos y homenaje; es tan íntimo su convencimiento de no deber la corona sino al pacto de estos, bajo la obligación de administrarles justicia, y ponerlos á cubierto de toda agresion: ó lo que es lo mismo: al sentimiento natural de la propia conservacion, en virtud del que penetrado el hombre de su debilidad ideó las sociedades, y echó los fundamentos de lo que llamamos Patria; que apenas proyectan conquista ni campaña sin que invoquen sagaces el nombre de está, como el mejor resorte de nuestros corazones.

En efecto: á la encantadora voz de la Patria corren á las filas el labrador y el artesano: se provee el tesoro público: y el aspecto de la muerte deja de ser imponente y horroroso. El rico propietario que afeminado en los placeres, se estremecía solo al ruido de las armas, vuela embravecido á ellas, y muestra en los combates la serenidad de un atleta: cede el comerciante al Estado los intereses, fruto de sus especulaciones: y los barcos antes destinados, á familiarizar donde quiera las producciones del Orinoco, y del Indo, aumentan las escuadras. El filósofo y el magistrado: el agricultor y el artista, consagran sus tareas al génio de la guerra: y hasta la delicada dama, deja la aguja por empuñar la lanza. Todo cede: todo cambia: todo se humilla al grito de la Patria: y árbitro de la victoria, troncha los cetros y juega con los reyes.

¿A quien sino á este grito portentoso, debió Esparta su preferencia sobre las demas ciudades de la Grecia? ¿Qué otro que él, hizo al

romano el árbitro del mundo? ¿Quién dió la libertad á la Suiza, ¿quién á la Holanda? ¿Y quien sino esa dulce y encantadora emocion del alma, coronó los esfuerzos de esta capital en la época feliz que celebramos?

Mas... ¡Como...! ¡cuando el egoismo y la inmoralidad se han apoderado del universo...! ¡Cuando el amor santo de la Patria parece haber desaparecido: y en las naciones que mas se precian de él, no se halla sino una presuncion brutal con que, desconociéndose á sí mismas, desprecian á las demas y tienen por bárbaros á cuantos no nacieron en su suelo!... Cuando el juez en sus sentencias, y el funcionario en sus resoluciones, no tienen otro norte que su conservacion: y cuando los ejércitos sostenidos por el pueblo y para el pueblo forjan las cadenas que debieran quebrantar...! ¡Cuando la política européa manifestada en Verona y Tropau, sacrifican á sus planes liberticidas, miles de miles de víctimas preciosas: y cuando frecuente y escandalosamente vemos en la silla ministerial, conver-

tidos en frios Tiberios, á quienes en la tribuna popular se ostentaban á la faz del mundo fogosos Catones: ¡osaré tomar en boca el amor santo de la Patria...!

Señores: lamentemos el estado de la sociedad, efecto del egoismo y desmoralizacion, causas funestas de los males que nos aquejan, y de la vergonzosa debilidad con qué se abandona á la espada de un guerrero, ó á la travesura de un político la suerte de la Patria; pero como el amor de ella no es una cualidad, de que podamos vestirnos, ó desnudarnos á nuestro arbitrio: ni un ábito que se pierda por la no repeticion de actos; sino un sentimiento natural: un fuerte y poderoso instinto, que suave é irresistiblemente nos conduce á desear su prosperidad: ó si se quiere, una estension del amor de nosotros mismos, á que no podemos renunciar; ni es posible extinguirse, sin que se estinga primero la llama que nos anima; consolémonos, porque si bien, es cierto, no hay ya entre los reyes Codros que se sacrifiquen por la salud

de la Patria: ni entre los ricos-hombres Cides que arrostran la indignacion del príncipe, por juramentarle en obsequio de ella, sobre los altares de santa Gadea: ecsiste, sí, ecsiste, aunque amortiguado, allá en lo interior del pecho, el fuego divino de su amor: y una pequeña chispa de él; una sola centella, es suficiente para encenderle de nuevo: reproducir su actividad: y levantar volcanes, cuya laba, reduzca á pavesas, á déspotas y tiranos.

Ah! Cuando tres siglos de esclavitud, y los esfuerzos de diez continuados reyes, habian logrado substituyera su derecho al derecho del pueblo: que no se hablára sino del servicio del rey: que fuera éste el estímulo de la nobleza: que los nombres de Patria y libertad fueran proscriptos: y desapareciera del todo el orgullo nacional: aquel noble y generoso orgullo, que llevando los morados pendones de Castilla á los últimos ángulos de Europa, y hécholos respetar en toda ella, sacó del Occéano un nuevo mundo para fi-

jarlos en él: la voz de: ¡traicion!.. la Patria pelagra!.. resonó en la puerta del Sol de Madrid: y difundiéndose cual chispa eléctrica por toda la Nacion, no hubo taller, no hubo mostrador, no hubo oficina, ni asilo de ciencia y de virtud, de donde no salieran defensores de esta Patria: y los laureles de Austerlitz, las palmas de Jena y de Marengo, cayeron despedazadas á nuestros pies: perdió su prestigio el hombre grande: y los príncipes que hoy nos asedian: que se niegan á reconocer la legitimidad de la Reina inocente que hemos jurado, y son nuestros enemigos, volvieron por nuestros esfuerzos al trono de que la espada de aquel guerrero incomparable les habia despojado. ¡Ingratos!!! El Vengador de las Naciones castigará vuestra perfidia: nos aunaremos: seremos lo que fuimos; y nos respetareis como nos respetásteis.

En tanto, Señores, echemos un velo sobre tan inesperada conducta: olvidemos, si es posible, la criminalidad con que los reaccionarios de 1814 ocupados en perseguir á los pa-

triotas, dejaron apagar el entusiasmo que se habia reproducido entre nosotros; contribuyendo pérfidamente á que los españoles perdieran el concepto, posicion y nombradía que habian reconquistado, en seis años de sangre y heroismo: y convencidos de la inestinguibilidad del amor de la Patria, y de su influjo en la victoria, consideremos el grandioso cuadro del mes de mayo de 1589, obra y consecuencia de este mismo amor.

¡Oh Dios! Cuan magnífico y cuan bello se ofrece á nuestra vista! El poder colosal de la Gran Bretaña, semejante á la estatua de Nabuco, se ve en él derrocado por una piedrezuela. Caen aqui y alli vencidos sus soldados: huye Noris el encuentro de MARIA PITA: y volando su lanza destructora sobre los que intentaron asaltar la plaza, asegura la libertad de esta, y ciñe sus sienes el laurel del triunfo. Yo no puedo, Coruñeses, retirar la vista de lienzo tan divino: amo á mi Patria cual vosotros: y donde quiera que triunfa está mi corazon.

Indignados nuestros rivales, de que en el reinado de Felipe 2.^o hubiera llegado España al apogéo de la gloria, siendo su gabinete el regulador de la política de Europa: y de que los invencibles tercios castellanos llevando en pos de sí la muerte y la victoria, aseguraran por do quiera nuestra superioridad, resonando á un tiempo nuestras bombardas en el Perú y Flandes; ocupando nuestros literatos los primeros asientos del templo de la sabiduría: cultivándose en todas partes nuestra rica y magestuosa lengua, con igual ó mayor empeño que se cultiva hoy la francesa: concurriendo á nuestros mercados los comerciantes de los últimos confines de la tierra; y vistiéndose los próceres de ella de las telas de nuestras fábricas, conspiraban de consuno contra nosotros, procurando en coaliciones públicas y secretas derrocar el poder á que nos habia conducido nuestro génio, la bravura de nuestros soldados, y los enlaces de nuestros príncipes. Estas circunstancias, y la de saber la reina de Inglaterra, que Felipe 2.^o habia

proyectado la ocupacion de su reino, por la muerte dada á la virtuosa María Stuart: juzgando que destruida la Invencible, y entretenidas las tropas españolas en Holanda, Francia y las provincias amenazadas por la Sublime Puerta, era la ocasion de sorprender y debilitar á España: mandó contra ella una escuadra de 120 velas á las órdenes de Francisco Drak, con un ejército de veinte mil hombres de desembarcó, á las del acreditado general Enrique Noris; y haciendo del secreto continuada noche, se hallaron el 4 de mayo al frente de nuestra plaza, sin que hubiera tenido esta la menor noticia.

Mas no importa: el Leon aunque duerme es el rey de la selva: despertará, y á su rugido se esconderán amedrentados entre los ramos de ella, los que juzgaron subyugarle. No: la Coruña no se intimidó á la vista de la formidable escuadra: el denuedo de sus moradores, creció por el contrario, en proporción al peligro: y no hubo uno que al considerar el de la plaza, no resolviera sepultarse

bajo las ruinas de ella, antes que sobrevivir á su afrenta. Clamó, pues, la Patria: y no bien hubo emitido su vivificador aliento, cuando refundiéndose el nombre de ciudadano en el de soldado, y el de habitante, en el de defensor de ella, vuelan todos sus hijos á las armas. El jurisconsulto y el palanquin: el oficinista y el jornalero, alternan sin distincion en las fatigas; y ni el criado de servicio es desdeñado del lado de su Señor. El trémulo anciano á quien la nieve de los años habia robado las fuerzas, las recobra como por encanto: adelántanse en el tierno mancebo: y el seco delicado deja de serlo en aquellos dias. Todos se afanan por salvar la Patria: y quien combatiendo, quien ausiliando, quien municionando, forman un pueblo de héroes.

En vano confía Noris para la victoria en el valor y disciplina de sus tropas: en vano apura para obtenerla, sus conocimientos militares: y en vano el veterano ingles, ausiliado de su escuadra, acude con celeridad de uno á otro punto, ocupando los mas interesantes: el Bri-

gantino osado le resistirá donde quiera: y á la manera que el impetuoso viento rebate y sepulta en los abismos el espeso humo con que quiere Etna oscurecer á veces la claridad del día, rechazando todos y cada uno de los ataques del breton valiente, inutilizará sus tentativas y le abrirá la sepultura donde creyó levantar cien monumentos. No importa, no, que saltando por encima de sus propios cadáveres, se apodere de Santa Lucía: que entre en la Pescadería: y que en formidable columna se dirija á Santo Domingo con el intento de asaltar la plaza: la muerte saldrá á su encuentro: y aunque siegue tambien el cuello de algunos patriotas, no habrá sacrificio á que estos no se resuelvan, por salvar sus laureles: cruzarán por entre las balas enemigas: no harán caso de las bayonetas: despreciarán el cañon mortífero: y ni se detendrán por ver á sus pies, el yerto cadáver de su hermano: sedientos de gloria y de laureles, todo lo arrojaron por alcanzarlos: y tomando ó matando al robusto anglicano en los puntos mas

bien sostenidos, darán testimonio de su intrepidez y bravura.

Confieso, Señores, que cuando leo en Homero los esfuerzos de los Troyanos por salvar su Patria: y en los historiadores de Grecia, lo que hicieron las repúblicas de este pais clásico de la libertad, para defender la suya en Salamina, Maraton, y Platea; me parece ser todo una ilusion; ó que los que concurrieron á aquellas jornadas, eran genios de un orden muy superior á nosotros, ó de diversa naturaleza. Mas cuando recuerdo la heroicidad de los defensores de la Coruña en 1589, y en particular la manifestada el 14 de mayo, dia en que con mayor empeño intentó el enemigo su asalto; no solo desaparece lo que juzgaba ilusion, sino que hasta me parece ver en cada uno de aquellos defensores un Temístocles, un Milciades, ó un Pausaneas.

Si, circumbalada la plaza, voladas las minas, abierta brecha practicable, y puestas sobre el muro las escalas, parecia aconsejaba la prudencia se salváran los intereses y las vidas,

aceptando la capitulación con que brindaba al enemigo; pero los que defendían la ciudad, eran compatriotas de los de Cinania, cuya respuesta á Decio Bruto en caso semejante quisiera Valerio Máximo fuera de un romano: descendían de los Gallegos para quienes temer era un delito, y lejos de decaer su espíritu y consternarse á vista del peligro, se regocijaban en él y le deseaban, persuadidos de que serviría únicamente para acelerar su triunfo y realzarle, como sucedió en efecto: pues cuando cansados ya de matar: y no teniendo brazos que oponer á los enemigos que cargaban de fresco sobre la brecha, parecía llegado el momento de sucumbir, adelantándose á los suyos MARIA PITA: arrojándolos intrépida: traspasando con su lanza el pecho de un oficial contrario, en el momento de ir á fijar su bandera sobre la muralla: arrancándosela valiente de la moribunda mano: y tremolándola el viento, infundió tal entusiasmo en los sitiados, que arrojándose sobre los sitiadores, como se arroja

el alcon sobre la tímida paloma: acuchillándolos y poniéndolos en fuga, obtuvieron de ellos el triunfo mas señalado.

¡Quién es capaz, Ilustre Señor, de describir el denuedo y entusiasmo de esta plaza en aquel día memorable! Contábanse en ella los Décios por los ciudadanos: los Epaminondas por los heridos: y la Ilustre Coruñesa como la denodada Espartana, poniendo la espada en la mano de sus hijos, y mandándolos al combate, los rogaba con lágrimas no la dejaran caer de ella, sinó para bajar á la tumba ó celebrar la victoria. Uno era el espíritu: unos los sentimientos de todos los moradores de la Coruña, en aquel día memorable: y aquel se tenia por mas afortunado que mas tenia que hacer, ó á quienes mayores riesgos cercaban por la salud de la Patria.

¡Gracias os sean dadas Señor Dios de los ejércitos! ¡Las súplicas que os dirijieron los Coruñeses por la mediacion de la Virgen Madre del Rosario, y el voto que os hicieron, y cumplen hoy religiosamente sus representantes, no fueron, no, desechados!

Y vosotros claros varones y esforzadísimos guerreros, Marques de Cerralvo, Luis de Leon, Antonio Herrera, Alvaro Troncoso, Juan Varela, Juan de Monsalve y demas que ofrecísteis vuestras vidas, sobre las aras de la Patria, descansad en paz! ¡Y descansad tambien y gozaos en ella, ó vosotras Ilustres Gallegas! ¡que dignas émulas de las que combatiendo por la libertad al lado de sus padres y esposos, morian alegres en el campo del honor, concurrísteis con María Pita á salvar la Patria, dejando ejemplos de valor y de civismo á las hijas del Ulla, del Eume, y del Miño!

Creo, Señores, haber demostrado que el amor de la Patria es un sentimiento natural é indestructible, que produciendo el entusiasmo facilita la victoria: y que poseidos de él Maria Pita y los que defendieron esta plaza en 1589 alcanzaron de los ingleses que la sitiaban el triunfo mas señalado; pero como el objeto de este discurso no debe ser, producir en vosotros una admiracion estéril, sinó escitaros á la defensa de la libertad y del trono

de ISABEL II, tanto mas espuestos, cuanto que para mejor asegurar sus enemigos el golpe que los asestan, ocultan el puñal entre las flores de la religion y del bien comun; forzoso será descubriros sus aviesas intenciones y el lleno de males á que nos veríamos sujetos, si por desgracia triunfáran.

Sepultada, pues, la libertad española en los campos de Villalar: cerradas las Córtes: y abolidos nuestros fueros; alzó su frente el despotismo: y apoderándose los reyes de la soberanía: y calificando de rebelion y asonadas las hermandades en que se reunian nuestros preladados, nuestros ricos hombres, y los procuradores de las villas y ciudades para reclamar contra las demasías del poder, y sostener las libertades, leyes y franquezas de la Nacion, hicieron de los pueblos su patrimonio, diciéndoles con tono imponente: *vuestra vida y vuestros intereses son míos*; hasta que volviendo la Nacion en sí, sacudiendo el yugo y recobrando su dignidad, publicó la Constitucion del año de 12, for-

mada bajo el estampido del cañon enemigo, diciéndoles con voz maternal: *vuestros intereses son vuestros.*

Este cambio consternó como era consiguiente, á los Soberanos de Europa, que temieron se reprodujera en sus estados: y aunque por la guerra contra Napoleon, en que hacíamos el primer papel, reconocieron la Constitucion de Cadiz, y felicitaron al Gobierno por su promulgacion, principiaron muy luego á minarla en secreto, y no pararon hasta que la derrocaron del todo, en las dos diversas épocas en que apareció, persiguiendo á sus autores, é imponiendo con destierros, prisiones y cadalsos á los que sostenian sus principios.

Ello es que las ideas liberales que se esparcieron en el siglo de Luis 14 y principiaron á desarrollarse entre nosotros en el reinado de Carlos 3.º y continuaron progresando en el de Carlos 4.º, á pesar de la inmoralidad de su corte, se miraron en el de su hijo como un gérmen mortífero: y que

paralizada la desamortizacion: protegido con demasía el monacato: incensada la autoridad real: y metodizada la superchería, se veía renacer la edad media, tan fecunda en supersticiones, cadenas y desórdenes, y que quien sabe hasta donde habríamos llegado, si en la sabiduría de la augusta Madre de Isabel II no entrara á afianzar el trono de su Hija sobre la columna de la libertad.

Entonces, seducido el infante su tio por protervos aduladores, ó fascinado por hipócritas ambiciosos, se declaró pretendiente á la corona, que con arreglo á nuestras leyes legára á su sobrina el rey su padre: y encendiendo entre nosotros la mal apagada tea de la discordia, abrió la guerra civil que nos devora, y cuyo término, si le fuera favorable, seria la vuelta del absolutismo, de la supersticion, y de cuantos males fingen salieron de la fatal caja de Pandora: viniendo á ser el pueblo Español en su reinado lo que un rebaño de ovejas á quien el pastor trasquila ó mata como le place.

No lo dudeis: al triunfo de las facciones, se seguiría inmediatamente la ruina de la libertad, de la propiedad, de la seguridad personal y de la verdadera religion: levantaría sus cien emponzoñadas cabezas la hidra fatal de la supersticion: se preconizaría la venganza con nombre de celo: el odio y la preencion serian la ley de los tribunales: renacerían con doble furor las comisiones militares de los años de 23 y 24, oprobio de la milicia española, de la ilustracion del siglo, y de la religion: y conspirando unidas á desterrar las ideas liberales, se propondrían borrarlas, si fuera posible con nuestra misma sangre.

¡Ah, que venga antes sobre nosotros la negra noche de la muerte! que veamos desaparecer el dia hermoso de la libertad! La ley, españoles, la ley sea quien regule nuestros destinos: la ley quien nos acuse y nos condene: y la ley y nadie mas que la ley, quien nos dirija y nos mande! Este es nuestro derecho: el derecho primordial de la sociedad,

por que debemos combatir hasta asegurarle ó perecer en la demanda: y el derecho que no puede destruir ningun poder sin destruir su poder mismo. Lo repetiré mil veces: la libertad es el primero y mas sagrado derecho del hombre: ¡infeliz el esclavo que no se atreva á pronunciar su nombre! y mas infeliz aun el pueblo donde pronunciarle sea un delito! Asi como infeliz tambien y desgraciado el pueblo en que confundiendo la licencia con la libertad y la incredulidad con la despreocupacion, se autorice la irreligion y el desfreno de las costumbres.

Señores, soy ministro de la religion católica; soy español: soy liberal: y ni como liberal, ni como español, ni como ministro de la religion católica, puedo ni debo callar á vista de un mal que ataca al Evangelio, ofende al decoro nacional y obstruye la marcha del magestuoso carro de la libertad, alarmando los pueblos y dando motivo á que confundiendo maliciosamente nuestros enemigos la conducta de un corto número de insensatos

liberales con el sistema liberal, presenten á este como un tejido de irregularidad, de desmoralizacion y de desórdenes. Hablo, Señores, de ese vértigo de impiedad con que se hace alarde de la irreverencia, y de no doblar la rodilla al Santo de los Santos en el adorable Sacramento del altar: de esa manía loca y disparatada de regular la ilustración por la incredulidad: y de ese frenesí temerario é impío, con que se asegura es incompatible la religion con la libertad y con las luces. Vértigo, manía y frenesí tanto mas abominables y ridículos, cuanto que sobre-tenden á quebrantar el único freno capaz de contener los movimientos interiores del hombre y sus secretas maquinaciones contra el Estado y contra sus semejantes; produce efectos contrarios á los que se proponen sus autores, presentándoles fátuos, inciviles, sin ilustracion y mal educados.

No nos preocupemos: la religion del país, aun prescindiendo de la divinidad y sabiduría de la nuestra, es donde quiera una ley po-

sitiva del Estado, cuya observancia obliga á todo ciudadano, sin mas que por serlo: y el acatarla y respetarla, está tan en los principios de la civilizacion y buena crianza, que basta ver las maneras indecorosas de algunos, y su irreverencia en los lugares y actos sagrados, para conocer su falta de educacion ó de talento: asi como es suficiente oír á cualquiera que la religion es incompatible con la libertad y las luces, para convencerse de que no solo es peregrino en la historia y bellas letras, sino que hasta ignora lo que son luces y libertad. ¡Menguados! ¡Incompatible el Evangelio con las luces y con la libertad! ¿Quién tuvo mas que los que desafiaban á vista del fuego y de la espada á los tiranos? Sepan pues estos seres desgraciados, que no solo no es incompatible el Evangelio con las luces, sino que á la introduccion del Evangelio en Europa, es cavalmente á quien esta parte del mundo debe las luces que la distinguen sobre las otras tres: y que nunca fue mayor el amor, á la Patria y

á la libertad que cuando el Evangelio era acatado y defendido. *Nos, que cada uno de por sí es tanto como vos, y que reunidos valemos mas que vos, os habremos por nuestro Rey, si guardáreis nuestros fueros, y si no, no,* decian nuestros religiosísimos padres al jurar sus príncipes: y prócsimo el inmortal PADILLA á sellar con su sangre la causa de la libertad por que combatiera, esclamo: *ayer fue dia de pelear como caballeros: hoy lo es de morir como cristianos.*

Asi que desdeñémonos de errores tan groseros: acatemos á la Patria en los altares de la religion: hagámonos grandes doblando la rodilla á quien la doblaron reverentes los héroes de la libertad y los mas consumados literatos, distinguiendo el dogma de la ficcion: la moral de las nimiedades: el Evangelio de los casuistas: y la virtud de la hipocresía: y si nos preciamos de amar la libertad y la Patria como la amaron MARIA PITA y los valientes defensores de esta capital, cuyo triunfo celebramos, unamos como ellos la fé al patriotismo: el

Evangelio á la Constitucion: y llenos del espíritu de reverencia á las cosas sagradas que él inspira, y de la caridad y mutuo amor que forma su esencia, principiemos por deponer ante el altar de la Patria los resentimientos que ecsistan entre nosotros, cualquiera que sea el color político que nos distinga; teniendo presente el carácter de las reacciones: y que si fuésemos vencidos, la proscripcion seria un derecho: que la razon de estado autorizaria toda muerte: que ningun liberal seria inocente, donde hubiere un solo culpado: que se nos imputaria á delito invocar el sagrado nombre de la ley: que las acciones, las palabras, el silencio mismo seria acusado: que los mas dulces sentimientos de la naturaleza, pasarían por un crimen: que se espiaría la lágrima secreta, que se escapase al ojo del amigo, sobre el cadaver de un amigo; y que hasta la madre seria arrastrada al suplicio por haber llorado la muerte de su hijo.

Liberales! yo reclamo de vosotros á nombre de la Patria, la union de voluntades é

intereses, para preservarnos de tantos males. Vayan lejos de nosotros, esas antipatías ridículas, esos celos, esas divisiones de partido, esas venganzas anti-políticas y anti-cristianas, esa sed de oro y de destinos, y el triunfo será nuestro. Arredrados nuestros enemigos, huyen á la vista de nuestros valientes, como la débil arista á la del vendabal destemplado: ocúltanse en los montes: júzganse inseguros en los fuertes que tuvieron por inespugnables: la nunca vencida espada del Conde de Luchana, vincula en sí la victoria: y nada falta para coronar nuestros esfuerzos sinó union y concordia. Tengámosla, y á la union de los partidos liberales se seguirá la victoria: á la victoria el desengaño de los fascinados: al desengaño de los fascinados el arrepentimiento de los fascinadores: y al arrepentimiento de los fascinadores, la armonía de los poderes: la regularidad y economía de la administracion pública, la prosperidad, la abundancia, el poder y la gloria de la Patria.

Que así sea, ¡Dios de clemencia! que al

celebrar el año de 40 el aniversario de MARIA PITA no haya entre nosotros blancos ni negros, carlistas ni cristinos: ecsaltados ni moderados, sinó españoles que puestos al rededor del Trono constitucional de ISABEL II, le sostengan contra los enemigos esteriore y participen sin distincion de sus influencias, en proporcion á sus talentos y virtudes. Estos son, Señor, los deseos de todos los buenos españoles: á quien se separe de ellos, anatema! á quien los sustentare y los siguiere, GLORIA Y BENDICION!

